

Rémi Brague (2016), *El reino del hombre. Génesis y fracaso del proyecto moderno*. Ediciones Encuentro, 403 páginas.

Rémi Brague (1947) es una de esas voces literarias que, sin rebuscados protagonismos ni impostados aspavientos, se ha hecho a mérito propio, de a poco, un espacio propio en la palestra de los pensadores contemporáneos dignos de ser escuchados. Sus credenciales no son escasas ni menores: ha sido titular de la Cátedra Guardini en la Universidad Ludwig Maximilians (Múnich), es un referente en la historia de las ideas y del pensamiento árabe, medieval y moderno; en 2012 recibió el premio Ratzinger a la investigación teológica. Todo lo anterior sumado a una ya prolífica y creciente producción literaria que, sólida como es, no por ello es ininteligible ni inaccesible para el lector que busque una pluma autorizada para hacerse de una perspectiva relevante y pertinente de las ideas actuales y sus implicaciones.

En relación con esa producción literaria de Brague, el libro que ahora nos ocupa es la culminación de una trilogía cuyos dos primeros libros (2002, 2008) trataron, respectivamente, de las bases, primero cosmológicas y luego teológicas también, que construyeron el contexto antropológico de Occidente, es decir las normas que regirían y definirían lo humano, hasta llegar a los tiempos modernos, en que esas normas serían inicialmente cuestionadas y luego explícitamente rechazadas. Este tercer libro, por tanto, habla de cómo la humanidad comenzó un camino para desprenderse de todo contexto espiritual, metafísico, cultural e histórico, para buscar, en cambio, su fundamento y su legitimación existenciales en cualquier otra instancia que mejor le viniera al propósito: una autorreferencial búsqueda por redefinir la humanidad desde ella misma y para ella misma, con las consecuencias que ello trajo.

La redacción de Brague tiene un peculiar estilo que podría definirse como profundo, sin ser oscuro, agudo, sin ser chocante, sencillo, sin ser simplista, y, finalmente, casi «didáctica» para el que se inicia en esta suerte de hermenéutica cultural en la que el autor es experto. Rémi Brague escribe, si acaso esta metáfora es útil, con una técnica de «urdimbre y trama»: define un tema específico que desea exponer y traza desde este un hilo narrativo claro (urdimbre) sobre el cual interseca referencias históricas, bibliográficas o testimoniales (trama) que respaldan su exposición y permiten dilucidar mejor los sucesivos enunciados explicativos que el autor hace.

En cuanto a la obra como tal, esta expone el drama casi trágico y ciertamente sorprendente del devenir de la cosmovisión moderna. El surgimiento, evolución, auge, fractura y posterior (actual) involución del proyecto modernista. ¿Y qué es «lo moderno»? Del latín *modernus*, lo «de hace un momento, ahora, lo de hoy», lo contrapuesto a lo antiguo. Es revelador ese aporte de Brague al dirigir la atención a ese aparentemente menor, pero trascendental punto de inflexión en el autoconcepto de la vocación humana: ya no sería más *una tarea* recibida de

una divinidad ni de la naturaleza, ahora la humanidad sería *su propio proyecto*. Un proyecto desde sí misma, para sí misma... a pesar de sí misma. Los factores causales de ese punto de inflexión son varios y no necesariamente articulados entre sí, pero ciertamente convergentes; Brague acierta al presentarlos desde una secuencia expositiva tripartita: *preparación, despliegue y fracaso*.

La *preparación* hace un análisis histórico de la concepción que de antiguo se tenía del lugar del ser humano en relación con lo inmanente y con lo trascendente, con lo natural y lo sobrenatural, y consigo mismo. En ninguna de las principales religiones ni escuelas de pensamiento que configuraron Occidente se concebía al ser humano con la obligación de rebelarse a lo sobrenatural y dominar lo natural para validarse a sí mismo, para justificar su existencia y para refrendar su valía. En algún punto comenzó para el ser humano esa «anhelada angustia» de prescindir de todo basamento contextual y emanciparse de esos absolutos intangibles que comenzaron a resultarle, según su perspectiva, adocenantes y limitadores.

En el *despliegue*, parte del final de la Edad Media para llegar a las figuras cuasiparalelas de Francis Bacon y René Descartes, uno por la vía empirista, otro por la vía racionalista, ambos con un nuevo paradigma. Bacon y su *Novum Organon* y Descartes con su *Discurso del método*; con Bacon nace una nueva necesidad de dominar, de conquistar lo natural, de valerse de ello y de aprovecharlo. Y con Descartes nace el yo como el elemento fundante de una epistemología subjetivista e inmanentista. Y se genera así un dualismo hombre-naturaleza, mente-cuerpo, señor-dominio que no se dejaría ya más. A este nuevo «protoevangelio humanista» se adscriben numerosas figuras cuyos aportes se recaban en Comte, el positivismo sería la nueva religión, superadas quedarían las pueriles etapas religiosa y metafísica; el progreso, esa suerte de Nirvana científicista, sería la máxima aspiración humana. ¿Y la divinidad? Ya no sería necesaria, mejor dicho, dejó de serlo y se convirtió en indeseable.

A partir de ahí, en el *fracaso*, Brague muestra las sucesivas tentativas de pensadores varios que, desde un ateísmo materialista casi transversal a todos ellos, pretendieron fundar la esencia humana desde meras facultades: Nietzsche, voluntad; Darwin, biología; Freud, libido; Marx, trabajo. Estas nuevas vías hacia la voluntarista plenitud humana probarían cada una sus limitaciones y comenzarían a generar una frustración generalizada, un hastío del otrora anhelado poder y un cansancio existencial. Tanto quiso el hombre exacerbar su humanidad que se cansó de ella, ese crecimiento se convirtió en hinchazón, y esa evolución se mostró deletérea, una cruda anagnórisis. Ser humano ya no es suficiente, hay que salir de eso, abrazar la fantasía: la fantasía del transhumanismo, del poshumanismo, esa reificación de la humanidad, una terrible derrota de la razón ilustrada ante la razón instrumental. Ya lo diría Schopenhauer: «El hombre conquistó el mundo de las cosas, pero con un gran riesgo para su alma, él mismo se está convirtiendo en cosa...».

Así, la Modernidad... prometió al ser humano que sería un Prometeo que traería el fuego, pero lo dejó más bien como un Ícaro cuyo vuelo hacia el sol se ha frustrado. O quizás no, el ser humano sí encontrará el fuego, pero a costa de su propia combustión. Excelente libro, recomendable.

**Jorge Luis (JL) Rodríguez Peláez**  
Universidad Intercontinental (México)  
jl@rodriguezpelaez.com